

FABIO SORRENTINO

EL DESTINO  
DE UN  
GUERRERO

algaida  
INTER

Título original: *Ante Actium. Il destino di un guerriero*

Primera edición: 2014

© Fabio Sorrentino, 2011

© Traducción: CTL, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-991-2

Depósito legal: SE-554-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

CAPÍTULO I .....	15
CAPÍTULO II .....	37
CAPÍTULO III .....	57
CAPÍTULO IV .....	81
CAPÍTULO V .....	103
CAPÍTULO VI .....	125
CAPÍTULO VII .....	149
CAPÍTULO VIII .....	167
CAPÍTULO IX .....	189
CAPÍTULO X .....	211
CAPÍTULO XI .....	233
CAPÍTULO XII .....	261
CAPÍTULO XIII .....	285
CAPÍTULO XIV .....	307
CAPÍTULO XV .....	329
CAPÍTULO XVI .....	353
CAPÍTULO XVII .....	375
EPÍLOGO .....	395
AGRADECIMIENTOS .....	411
NOTA DEL AUTOR .....	413
GLOSARIO .....	419



*Dedicado a Peppe.  
Entre las cosas más valiosas que llevo  
en mi corazón resplandecerá para  
siempre, nítido e indeleble, el recuerdo  
de tus sonrisas...  
Te quiero*



*Pero no quisiera morir cobardemente y  
sin gloria, sino realizando algo grande  
que llegara a conocimiento de los  
venideros.*

*(Ilíada, XXII, 383-386,  
trad. Luis Segalá)*



**Lucio Fabio Silano: 33 a.C. - 32 a.C.**

- Percorso Silano
- Città attraversate





DACIA

PONTUS EUXINUS

MARE CASPIUM

THRACIA

ARMENIA

Amasia

MAEDIA

Dyrrachion  
ACEDONIA

BITHYNIA

GALITIA

Apollonia  
EPIRUS

ASIA

CAPPADOCIA

Nisibis

REGNUM

MARE AEGEUM  
Sparta  
Athenas

PAPHLAGIA

Tarsus

Carrhae

PARTORUM

Kalamata  
ACHAEA

LICIA

Attalya

CILICIA

Antiochia

Euphrates

Ctesiphon

U M

CRETA

NOSTRUM

Rhodus

Cyprus

SYRIA

ARABIA

AFRICA

Alexandria

NABATAEI

AEGYPTUS

Nilus



## CAPÍTULO I

*Pero las parcas habían decidido que aquella fría noche de octubre, los hilos de la vida de las dos mujeres se quebrarían inexorablemente, empujándolas hacia un final miserable y tremendo.*

720 *ab Urbe condita*<sup>1</sup>

**L**UCIO FABIO SILANO CRUZÓ A TODA PRISA UN CAMPAMENTO militar que le pareció cada vez más congestionado mientras se dirigía a la zona de los oficiales de más alto grado.

Silano, centurión de la legión XIX y veterano del ejército de César<sup>2</sup>, era un hombre de un temple excepcional y lealtad inquebrantable.

Tras combatir numerosas batallas para el dictador, consiguió ganarse su confianza gracias a las delicadas acciones militares en las que siempre lograba demostrar su valor de soldado. La noticia de la muerte del comandante lo sorprendió mientras se encontraba de guarnición en Arretium<sup>3</sup> a la espera de instrucciones y lo sumió en el más profundo y feroz desaliento.

---

<sup>1</sup> Ver Glosario al final de la novela.

Consideraba a su general el ejemplo viviente de un verdadero romano y el único capaz de llevar a Roma a una situación de estabilidad política, dadas las precarias condiciones en que se hallaba la Urbe. La causa, a su parecer, siempre había que buscarla entre las mismas caras... las del único enemigo real de la ciudad: el Senado.

La noticia del asesinato de César corrió por el campamento tan veloz como el viento y las cohortes se vieron inmediatamente invadidas por un sentimiento de consternación e incredulidad.

El ejército adoraba a aquel hombre que, demostrando ser uno más y recompensando sus esfuerzos con botines y gratificaciones, se había ganado la obediencia ciega de los legionarios. Conocía a la mayor parte de los centuriones y al pasar por los campamentos se paraba a hablar con los soldados y se interesaba por los heridos, a los que iba a visitar personalmente a las enfermerías de campaña después de cada batalla.

Días tristes e inciertos transcurrieron desde entonces, pero poco después Octavio<sup>4</sup> se presentó ante las tropas para infundir nuevas esperanzas: los planes de César se mantendrían intactos y su heredero se ocuparía personalmente de sus valerosos soldados. Así pues, las esperanzas de Lucio Fabio Silano no se vieron desatendidas cuando, por primera vez, el joven Octavio decidió hablar con él personalmente en cuanto llegó a Arretium.

La última vez que había visto al gran Marco Antonio<sup>5</sup> había sido en la batalla de Mutina<sup>6</sup>, en la que las fuerzas conjuntas de Octavio y los cónsules Cayo Vibio Pansa<sup>7</sup> y Aulo Irzio<sup>8</sup> consiguieron imponerse sobre las tropas del ex

*magister equitum* de César. El pretexto había sido liberar a la ciudad del asedio impuesto por Marco Antonio contra Décimo Bruto, gobernador romano de la Galia Cisalpina, pero la realidad era muy distinta. En cualquier caso, Bruto y su ejército de desarraigados y mercenarios tenían las horas contadas.

Silano recibió su delicada misión una fría noche de febrero, unos nueve años después de los acontecimientos de Mutina.

Se encontraba con la legión XIX cerca de Naroná<sup>9</sup>, a las afueras de la ciudad, donde habían levantado de prisa y corriendo un campamento para las cohortes. El espacio disponible, que ya resultaba exiguo de por sí, se hacía aún más angosto con tan solo pensar en el posicionamiento que todo el séquito de un ejército comporta. Por todas partes reinaba una enorme confusión de ruidos y señales. La voz ronca e imperiosa de los hombres encargados de la organización del campo discordaba con el continuo estruendo provocado por el acuartelamiento de las unidades de pertrechos. A todo ello se sumaba el vocerío de las caravanas de mercaderes, que buscaban un sitio en el que exponer sus mercancías (en su mayor parte, esclavos): todo el campamento se había convertido en un ir y venir de caras y olores.

Mientras se ocupaba de la dirección de su manípulo, Lucio Fabio Silano oyó la voz del prefecto de la marcha, Metello:

—Centurión Silano, imparta rápidamente las últimas órdenes a sus hombres y preséntese lo antes posible en la tienda del tribuno laticlavio<sup>10</sup> Publio Rufo.

—¡A sus órdenes, prefecto!

Al llegar junto a la tienda del tribuno, Lucio Fabio oyó una risa sofocada a sus espaldas y al darse la vuelta se topó con la mirada de su mejor amigo, el decurión Quinto Décimo Balbo.

Décimo Balbo era un veterano del ejército romano. César reclamó su presencia más de una vez por las heroicas empresas que llevaba a cabo en el campo de batalla y la admiración que todo el cuerpo de caballería le profesaba. El dictador le ofreció el grado de tribuno, pero el decurión, no exento de titubeos, prefirió mantener su cargo para no abandonar a sus hombres, con los que había realizado grandes hazañas y por los que sentía un amor fraterno. César, que lo seguía considerando su hombre de confianza, accedió, y en la legión XIX hasta los oficiales se guardaban muy mucho de causarle ningún tipo de molestia.

—Noticias, ¿no es así, centurión? —preguntó Balbo.

—¡*Ave*, Quinto Décimo Balbo, glorioso del ejército de Roma y señor de la caballería! —respondió el centurión, irguiéndose al saludar, pero con talante burlón.

—He oído al tribuno cuando hablaba quedamente con el *legato*<sup>11</sup> antes de que el general abandonara esta especie de nido de avispas para presentarse en sus alojamientos del presidio militar de la ciudad —continuó el decurión sin hacerse eco del escarnio—. Me pareció que estaban diciendo algo acerca de una misión delicada, asignada a alguien de confianza pero que no está muy a la vista... algún viejo zorro que pasa desapercibido entre los canosos decrepitos de Roma, siempre tiesos en sus togas.

—Ah, ¿sí? —respondió Silano—. Entonces te marcharás pronto, supongo... Que tengas buen viaje, amigo mío.

—No has perdido el sentido del humor, por lo que veo... ni la desfachatez que te ha hecho tan famoso entre las tropas. Ahora vete. ¿No querrás hacer esperar al joven tribuno Publio Rufo? —dijo a media voz el amigo e hizo amago de irse, despidiéndose con un gesto de la mano.

—Vale, decurión —contestó Lucio Fabio y prosiguió hacia la tienda mientras el otro, a la grupa de su caballo, le respondió al volverse:

—Ya verás como esta vez te hacen prefecto... grandes riesgos, grandes recompensas —dijo, y tal y como había llegado, se deslizó con su cabalgadura entre las sombras por detrás de una tienda y desapareció.

El centurión movió la cabeza y sonrió mientras avanzaba.

Al llegar al pabellón, exigió que los legionarios de guardia anunciaran su presencia ante el tribuno.

La tienda del tribuno laticlavio Publio Rufo era la más expuesta de todo el campamento y, en cierto modo, también representaba el límite, ya que a su alrededor solo había unas cuantas tropas (las de su confianza) y las tiendas de campaña provisionales dedicadas a los esclavos, que lo acompañaban a todos lados.

A pesar de la imagen tan espartana que se percibía desde fuera, al entrar en la tienda uno se daba cuenta enseguida de la extracción social de la que provenía el joven tribuno Publio Rufo. Hasta los objetos decorativos, descarnados y corrientes en cualquier tienda militar, en la suya parecían exaltar el trabajo artesanal, realizado con extraordinario cuidado y habilidad. Mesa y escabeles, profusamente taraceados; utensilios de oro y plata atentamente

colocados de manera precisa y ordenada; y en el fondo, la reluciente armadura del tribuno: una loriga musculosa realizada en cuero imbricado tendente al marrón claro, en cuyo pectoral se habían insertado refuerzos en bronce repujado sobre los que descansaba un relieve con un águila en el centro. Tan fulgurante y estupendo a la vista era aquel elemento del vestuario militar como inmensa era la ineptitud de su dueño y su impericia en el campo de batalla.

Publio Rufo era de origen aristocrático y había entrado en la carrera militar cuando, *adulescens*, siguió al dictador en la campaña de Lérida<sup>12</sup> contra Pompeyo<sup>13</sup>.

Aun siendo patricios romanos, con el paso del tiempo todos los miembros de su familia decidieron distanciarse del poder senatorial y complacer, si bien a disgusto, a quien había demostrado ser capaz de manejar mejor la difícil situación política de la época.

Los hechos le dieron la razón a César y, unos dieciséis años después de alistarse en el ejército, Rufo se encontraba al servicio de Octavio, sin entusiasmo y arrastrado por un destino que le era ajeno.

Al ver al centurión Lucio Fabio Silano, el tribuno abandonó la lectura de sus rollos y se levantó del escabel para saludarlo.

—*¡Ave*, tribuno Rufo! Ha solicitado mi presencia y heme aquí, a sus órdenes —saludó, cuadrándose, Lucio Fabio.

—Centurión Lucio Fabio Silano, mejor conocido como *el moloso de César*. Por favor, toma asiento —comenzó a decir el oficial, al tiempo que llenaba dos copas de plata con el apreciado vino de Hispania, que se hallaba en un



ánfora de la mesa de enfrente. El centurión dio un sorbo del exquisito néctar y se quedó impresionado por lo vigoroso que era el vino y la extraña cordialidad de aquel recibimiento.

—Te he convocado con urgencia porque he de entregarte un papiro que me confió el legado Máximo Licinio Agripa antes de tomar posesión de la ciudad de Naroná —siguió diciendo Rufo.

Silano se quedó perplejo al oír las palabras del tribuno.

«Ese maldito decurión sabe una más que el diablo», pensó para sus adentros, pero esperó a que el oficial terminara de exponer los hechos.

—Se trata de nuevas disposiciones. Órdenes que proceden directamente del *imperator* Cayo Julio César Octavio —terminó Rufo, esperando la respuesta y, sobre todo, la expresión del centurión.

—Defenderé con mi vida cualquier deseo de nuestro *imperator* —contestó con sequedad y sin alterarse en modo alguno, Lucio Fabio.

—Bien... Entonces lee el papiro y cuando sepas lo que tienes que hacer espero que pongas al corriente a los demás oficiales de la legión XIX.

—Si se me consiente, sin duda. Ahora, permita que me retire a un lugar apartado y seguro en el que pueda conocer mi destino y el futuro que me espera.

Silano hizo amago de levantarse.

—¿Qué palabras son esas, centurión? —exclamó, furioso, el alto oficial—. ¿Estás insinuando que no estarías seguro en la tienda del primer tribuno de la legión? ¡Está atento a lo que dices, Lucio Fabio!

El moloso de César trató de calmar a aquel pequeño mamarracho despótico:

—Tribuno Publio Rufo, no considere mis palabras ofensivas. Están dictadas por la necesidad del momento y no por ningún otro tipo de consideración. Yo me limito a analizar los hechos y actuar en consecuencia. Si nuestro comandante, el legado Máximo Licinio Agripa, le ha ordenado que me entregue esta carta sin mencionar nada más, aparte de quién es el remitente, debo entender que sobre esta información rige el más absoluto secreto. Sabe mejor que yo que este país está plagado de espías que se encuentran ocultos entre los siervos, mercaderes, soldados y concubinas. Como ya sucedió en el pasado, siguiendo las órdenes del divino César, me aseguraré de estar solo cuando abra este papiro.

El tribuno se quedó atónito ante aquellas palabras pero no pudo sino despedir al centurión.

Mientras este último salía, el tribuno lo paró justo a tiempo y le dijo con suficiencia:

—Otra cosa, centurión Silano.

—A sus órdenes, comandante.

—Antes de entrar en Naroná, el legado Máximo Licinio ha insistido en que recibas lo que en opinión de nuestro *imperator* te corresponde desde hace mucho tiempo... —La voz de Rufo fluía inexpresiva.

—No entiendo, comandante. ¿A qué se refiere? —inquirió, desconcertado, el centurión.

—Ahora formas parte de los cinco. Aunque contigo seréis seis —respondió Publio Rufo.

—Tiene que haber un error, señor.

—No hay ningún error, tribuno angusticlavio<sup>14</sup> Lucio Fabio Silano. Este es el deseo del *imperator* y, por tanto, de Roma.

—Que así sea, entonces. Vale, Publio Rufo —volvió a despedirse el tribuno, mientras pensaba: «Maldito decurión... esta vez casi acierta».

Mientras se dirigía hacia el punto en el que se habían ubicado sus legionarios, Lucio Fabio Silano pensó que lo mejor sería leer aquella misiva en algún sitio tranquilo, lejos de ojos indiscretos.

Así pues, se metió el rollo de papiro debajo de la túnica y buscó el lugar en el que se habían acuartelado las tropas de la caballería.

Tras dar una rápida ojeada a fin de hacerse una idea general del campamento, se dio cuenta de que el recinto dedicado a los caballos se había montado en el lado occidental de la zona militar, el que quedaba más alejado de la ciudad de Naroná, y se encaminó en aquella dirección, buscando a su amigo decurión.

Durante el trayecto pensaba en lo importantes que debían de ser las órdenes que contenía la carta que le habían hecho llegar.

Además, el hecho de que estuviera escrita en nombre del *imperator* Octavio le turbaba el ánimo y lo catapultaba a un estado febril de espasmódica espera difícil de disimular.

Lo acababan de nombrar tribuno angusticlavio por deseo de Roma, lo que significaba un gran paso adelante en la carrera militar para un simple centurión metido en

años, como él, pero sabía perfectamente que los dones de ese tipo no se hacían por simpatía, en especial en Roma.

Todavía le retumbaban en la cabeza las palabras de Quinto Décimo Balbo: «Grandes riesgos, grandes recompensas», y no sabía si alegrarse o prepararse para lo peor.

Perdido en estas cavilaciones siguió adelante, y ya estaba a punto de llegar cuando oyó el relincho de un caballo a sus espaldas.

—¿Y bien? ¿Cómo estás, prefecto Lucio Fabio? —espetó Décimo Balbo a modo de saludo.

—Tú, decurión Balbo, tienes que tener algún tipo de contacto con los dioses.

—Olvídate de los dioses. Te glorifican un día para maldecirte al siguiente... Lo mejor es evitarlos. ¿Cómo ha ido la visita al tribuno? ¿Sigue tan amable como lo recuerdo? —dijo Balbo, sonriendo.

—Y tanto —sonrió, a su vez, Lucio—, hasta ha obsequiado a un simple centurión con una buena copa de vino tinto de Hispania.

—Mejor para ti. Las noticias que corren acerca de los pertrechos no son tan halagüeñas, de modo que hay que aprovechar todos los dones que se nos reserven sin desperdiciarlos.

—Escúchame bien, Décimo Balbo, he venido porque tengo que hablar contigo de una cosa, pero no aquí —lo interrumpió Silano.

—Yo ya he terminado por esta noche y estoy dispuesto a beber a tus expensas el mejor vino de Narona fuera de este nido de avispa. ¡Arriba, centurión! —instó, y ambos se alejaron del campamento en dirección a la ciudad.

Tras haber deambulado un rato por las calles de lo que parecía ser un centro habitado bastante tranquilo, dieron con una pequeña taberna de ambiente familiar con un letrero amarillo y rojo.

El decurión Balbo hizo amago de entrar, pero Lucio Fabio lo detuvo tirándole del brazo.

—¿Qué pasa, centurión? ¿Acaso temes fundirte la paga? Tranquilo, que esta noche invita la caballería, maldito cicatero —sentenció Balbo.

—Tenemos otras cosas en las que pensar, condenado romano borrachín —replicó Lucio siguiéndole el juego, mientras le dejaba entrever el rollo que llevaba escondido debajo de la túnica—. Antes tenemos que encontrar un sitio tranquilo para descubrir qué le depara el futuro al tribuno Lucio Fabio Silano y luego ya celebraremos... si es que todavía sigue habiendo algo que celebrar.

—¿Tribuno? ¿Tú? Debe de tratarse de algo importante, entonces. Vamos hacia aquel pórtico, el del oeste. Parece un lugar tranquilo y alejado de ojos indiscretos. Así, tú podrás leer mientras yo monto guardia, tribuno.

Enseguida llegaron a una zona en penumbra que les permitía observar lo que ocurría a su alrededor sin que nadie los viera.

Silano sacó el papiro que llevaba escondido en la túnica y rompió el sello del remitente con facilidad. Cuando hubo terminado de leer el contenido de la misiva, respiró profundamente y le dijo a su amigo:

—Vamos a beber algo, decurión Balbo. Tu amigo tribuno está cansado y por esta noche ya ha reflexionado bastante.

—¿Cuál es el veredicto, Lucio Fabio? ¿Tendrás que volver a la Urbe?

—quiso saber Balbo, lanzándole una mirada preocupada.

—Peor, amigo mío: Alejandría de Egipto. Por voluntad del *imperator*.

En cuanto salieron de la taberna, se pusieron en camino hacia el campamento, pero Lucio Fabio seguía absorto en sus pensamientos.

Había preferido no revelarle al decurión Quinto Décimo Balbo los detalles de su misión.

No porque no se fiara de un amigo que quería como a un hermano, con el que había compartido el campo de batalla en numerosas ocasiones y con el que había podido contar siempre ante las dificultades del combate, sino todo lo contrario, para proteger su vida de los peligros a los que habría podido exponerla desvelándole el objetivo de su misión y las etapas que se proponía seguir.

La presencia de enemigos subrepticios, espías e informadores alejandrinos había dejado de ser una posibilidad remota para convertirse en un hecho probado y, sin lugar a dudas, todos ellos estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de agenciarse una valiosa información para Oriente.

Hacía tiempo que los triunviros Octavio y Marco Antonio mantenían una relación gélida. Un par de años antes, Marco Antonio había estado esperando largamente la llegada de las legiones que Octavio, según lo acordado, habría tenido que enviarle para su campaña contra los partos.

El hijo del divino César, empero, había demorado el acuerdo, aduciendo ora esta, ora aquella fútil motivación ante las solicitudes de ayuda del otro comandante. Por su parte, el noble Marco Antonio, harto de esperar en vano, invirtió una conspicua parte de los recursos financieros egipcios para contratar un ejército y marchar contra los partos, persiguiendo la gloria. La campaña fue un desastre y lo que quedó del ejército se vio obligado a batirse en retirada cruzando Armenia y subyugando sus territorios.

Mientras tanto, Lépido había dejado de participar en estos juegos de poder tras haber sido apartado de Roma, de modo que en la práctica, Octavio y Marco Antonio eran quienes se encargaban de decidir la suerte del mundo romano.

En realidad, todos los acuerdos de paz anteriormente estipulados entre ambos triunviros se habían roto, pero al menos formalmente, el hijo de César no había dejado de enviar misivas al noble Marco Antonio en las que lo invitaba a regresar a la Urbe. Misivas del todo ignoradas.

En el inesperado papiro se le pedía al tribuno Lucio Fabio Silano que partiera de inmediato hacia Brundisium<sup>15</sup>, embarcándose en una nave mercantil que zarparía tres días más tarde desde el puerto de Naroná.

Una vez en Brundisium, tendría que dirigirse al campamento militar en el que se habían acuartelado tres legiones de Octavio, donde recibiría, del *imperator* en persona, más información sobre su misión. Sin embargo, en la carta ya se mencionaba la meta final y el objetivo de su futuro viaje: Alejandría de Egipto, a fin de «informar» al *imperator* sobre la entidad de las fuerzas de Marco Antonio.

Silano no tenía dudas acerca del destino de su viaje, pero el objetivo de su misión no llegaba a convencerlo del todo. Tal vez Octavio había preferido esperar a verlo en persona para desvelarle la verdad. Puede que él tampoco se fiara de quienes tenía a su alrededor.

La voz de Balbo lo sacó de su ensimismamiento:

—Vamos a llegar al campamento, tribuno. Una vez dentro, te aconsejo que tengas los ojos bien abiertos y que no te separes del papiro. Sería una pena verte fuera de juego antes de que te dé tiempo a empezar esta nueva partida.

—Seguiré tu consejo, decurión —dijo Silano sonriendo—, y gracias otra vez por el vino de esta noche, pero sobre todo por la compañía. Mañana, cuando se ponga el sol, vendré a verte.

—Apareceré como siempre a tus espaldas sin que te des ni cuenta.

—Vale, decurión Balbo.

—Vale, amigo mío.

El nuevo tribuno pasó la noche insomne. La unidad de pertrechos no llegó hasta la tarde y, aunque montaron los puestos a toda prisa y lo mejor que pudieron en un espacio ya de por sí reducido del campamento, todavía se oían las voces de los mercaderes y los movimientos de los esclavos encargados de la distribución de los víveres. A todo esto se sumaba la idea de tener que embarcarse en un largo viaje en una estación del año que no resultaba en absoluto favorable para el transporte marítimo.

El problema no era llegar a Brundisium, que en realidad no distaba mucho de Naroná. Lo que de verdad le



preocupaba era tener que continuar, como se le indicaba en la carta, hasta Alejandría de Egipto.

El último día de servicio en el campamento transcurrió tranquilo y el tribuno pudo seguir impartiendo órdenes a sus hombres y supervisar la realización de las diversas obras de acomodo del campo hasta la noche. Luego se dirigió a la zona dedicada a la caballería para saludar a su amigo decurión, como le había prometido el día anterior, y lo sorprendió concentrado en los cuidados de su alazán.

—Hermoso caballo, decurión —dijo Lucio Fabio.

—*Ave*, tribuno. ¿Has venido a proponerme algo?

—Y tiene que ser muy paciente, visto que consigue soportar a un amo tan cabezón e insolente como tú —continuó el tribuno.

—Es un animal sabio. Sabe cuál es el papel de cada uno y los respeta sin irritarse demasiado. Entonces, ¿ya te vas, tribuno? Pues no olvides mi consejo: los ojos bien abiertos y la mano en el gladio. Quién sabe, si tu misión tiene éxito, a lo mejor vuelves como *legato* y tu viejo amigo Quinto Décimo Balbo tiene que llamarte comandante.

Lucio Fabio sonrió, se le acercó y le dijo:

—En ese caso, el grado que ocupo ahora ya estaría en tus manos.

—Que los dioses te protejan, tribuno —concluyó el decurión.

—*Ave atque vale*<sup>16</sup>, Balbo.

Dicho esto, se estrecharon recíprocamente el antebrazo derecho, como solían hacer para saludarse, y Lucio se puso en camino hacia la ciudad de Naroná, donde esperaba

a que zarpara la nave mercantil que habría de llevarlo a Brundisium.

Llegó a la ciudad de noche, hacia la segunda vigilia<sup>17</sup>, y se dirigió sin dilación a la taberna en la que había estado dos días antes con su amigo decurión.

La reconoció por el letrero de la entrada, en el que aparecía representado un león que combatía contra un gladiador sobre un fondo amarillo y rojo. Una vez dentro se dio cuenta de que las mesas, cinco a la derecha y cinco a la izquierda de la puerta, estaban casi todas vacías y que el único cliente de la taberna lo constituía una pareja.

Se sentó en un banco del fondo desde el que se veían la entrada y la sala interna, que debía de ser la cocina. Tuvo que esperar un poco antes de que el tabernero advirtiera su presencia, pero al final pudo pedir.

No pasó mucho tiempo antes de que le llevaran a la mesa la comanda: una sopa de legumbres, dos rebanadas de pan tostado con un poco de aceite por encima y un buen vino de la zona. Estaba hambriento, de forma que se terminó la cena en un santiamén. Luego se dirigió hacia el tabernero y le preguntó si tenía habitaciones disponibles para pasar la noche.

—Por supuesto, comandante —respondió el hombre—, ahora mando a mi hija para que le acompañe al piso de arriba. Escoja la que más le satisfaga. Las cuatro están libres.

—Muy bien, tabernero. Ten esto por las molestias —dijo Lucio al tiempo que le ponía cinco ases en la mano—. Quiero que me llames al alba, ¿de acuerdo?

—Como desee, comandante —contestó el tabernero, mientras contaba con avidez la recompensa recibida. En ese preciso momento salió de la cocina una niña de no más de diez años.

Unos tirabuzones rubios le caían a ambos lados de la cara y el color cerúleo de sus ojos era tan intenso que hacía recordar al mar cristalino de Sardinia. La palidez de su piel era parecida a la de ciertas rosas galas. Tenía las piernas delgadas y los dedos largos y finos. Llevaba una túnica celeste que le llegaba hasta las rodillas y un colgante azul, que aun siendo pequeño, se veía que era bueno.

—Tera —dijo el tabernero—, acompaña al comandante a las habitaciones de arriba. Enséñale todas para que pueda elegir la que más le guste. Después vuelve corriendo, que hay que recoger la cocina que está hecha un desastre y limpiar el comedor.

La niña asintió y, sin decir una palabra, se encaminó hacia las escaleras de la izquierda de la sala, en dirección a la mesa en la que había cenado el soldado.

A cada paso del tribuno, la madera vieja y desgastada de los escalones crujía de modo siniestro y Lucio Fabio pensó que sería mejor cogerse de la cuerda que hacía las veces de pasamanos. Mientras avanzaba entre tanta decrepitud no pudo por menos que pensar en la niña que lo estaba acompañando a su habitación.

La curva de los labios, la línea de la nariz diminuta y, sobre todo, la expresión intensa al tiempo que melancólica de sus ojos, le trajo a la memoria la nítida imagen de su hija.

Habían pasado trece años desde que aquel maldito incendio le arrebató, de golpe, una mujer rebosante de belleza y virtud, cuyo nombre era Adriana, y la hija que era el fin de sus vidas, Porzia.

Silano era oriundo de Praeneste<sup>18</sup>, un pueblecito cercano a la Urbe, en el que había transcurrido una infancia feliz en una familia humilde pero que conseguía vivir con dignidad gracias al sudor de la frente.

Con dieciocho años se alistó en una de las legiones que Cayo Julio César estaba organizando para llevar a cabo su misión de procónsul de la Galia Cisalpina e Iliria.

Entró a formar parte de la legión IX, pero más tarde el *imperator* también reclamó las legiones VII y VIII, a fin de aumentar su propia gloria y riqueza a los ojos de Roma. Su propósito era someter a las tribus de la Galia que aún no habían sido derrotadas.

Lucio Fabio partió rápidamente hacia Aquileia<sup>19</sup>, que se hallaba en provincia de Venetia y daba al golfo de Tergeste<sup>20</sup>, en Istria, y desde allí, a marchas forzadas, el ejército de César llegó hasta los territorios bárbaros del norte. Participó en toda la campaña en tierra gala con el dictador y, durante los ocho años de batalla que siguieron, llegó a convertirse en uno de sus hombres de confianza, al ganarse su estima a cambio de una obediencia ciega.

Siguió a su *imperator* incluso cuando este decidió cruzar el río Rubicón, dando inicio a una guerra civil con su único adversario político: Cneo Pompeyo.

En ese momento comenzó una persecución continua entre ambos contrincantes: Brundisium *in primis*; luego el asedio de Massalia<sup>21</sup>, en Hispania; después Roma, unos

pocos días; y luego otra vez Brundisium; para llegar seguidamente hasta Dyrrhachium<sup>22</sup>, en Iliria, donde todo parecía perdido; y por último la gran victoria de Pharsalus<sup>23</sup>, en Tessaglia.

Fue entonces cuando quiso licenciarse. Su comandante accedió y le donó dieciocho mil sestercios y cinco hectáreas de terreno fértil en los campos que rodean al monte Vesuvius<sup>24</sup>. Pero todo ello en cambio de una promesa: si en algún momento César requería de nuevo sus servicios, Lucio Fabio tendría que volver a ponerse su vieja loriga.

Tras recibir la licencia, se puso en camino hacia aquellas tierras con la mujer que había conocido en Hispania y la espléndida hija que habían tenido. Se establecieron en el pueblo de Cambranum<sup>25</sup>, a pocos kilómetros de Neapolis<sup>26</sup>, que era donde le habían adjudicado sus posesiones agrícolas. Gracias al dinero que le había donado el dictador, logró construir una pequeña granja que pudo sacar adelante con la ayuda de algunos jornaleros y pastores del lugar.

Apenas habían transcurrido dos años de vida tranquila y feliz en aquel ameno lugar, cuando la desventura más grande de su vida cayó sobre sus hombros como una tormenta de puñales clavados a traición. Aquella noche, su mujer Adriana fue a ocuparse de las yeguas y caballos que se encontraban en el gran establo que el marido había construido durante el verano.

Era una estructura amplia, en su mayor parte realizada en madera, que además de las cuadras de los animales en el piso de abajo, también poseía una buhardilla que ocupaba

un tercio de la longitud de la construcción, a la que se subía por una escalera de mano.

En ella almacenaban el forraje para los animales y los aperos de labranza. Y también guardaban, de modo ordenado, una gran cantidad de heno recién cortado y grandes pacas de paja que el granjero utilizaba para hacer las camas de las cuadras y como alimento para los caballos. Al final de la buhardilla había dos clavos forjados muy largos de los que colgaban toda una serie de hoces y bieldos, y en el rincón del fondo, apoyados contra la pared, descansaban una gran cantidad de horcas, azadas, azadones y rejas de arado.

A Porzia le encantaba seguir a la madre a las caballerizas porque mientras la mujer se ocupaba de los animales y ordeñaba las cabras, ella podía dar vueltas por la buhardilla a su antojo, dejándose llevar por su fantasía de niña y consumiendo los peldaños de la vieja escalera.

Pero las parcas habían decidido que aquella fría noche de octubre los hilos de la vida de las dos mujeres se quebraran inexorablemente, empujándolas hacia un final miserable y tremendo.

Mientras Adriana se hallaba en la parte más angosta de las caballerizas, entre las cabras y las cuadras de los caballos, Porzia estaba jugando en la buhardilla y, de repente, la lámpara que su madre le había dado se volcó entre las pacas de paja y los montones de heno seco.

En poco tiempo se desencadenó un tremendo incendio que se propagó a toda velocidad debido a la gran cantidad de material inflamable presente en aquel lugar y a la naturaleza de la madera de los travesaños. La niña quedó

rodeada enseguida de altas llamas y sus gritos eran desgarradoras súplicas de socorro.

La madre se dio cuenta inmediatamente de lo que había pasado, pero mientras intentaba llegar a la buhardilla recibió en plena cara la coza de un semental espantado por el fuego y se desmayó en el acto.

La niña siguió gritando hasta el final. Eran gritos desesperados que imploraban la ayuda de la madre y del padre, que estaba fuera, en el campo, ocupándose de las últimas tareas de la jornada. Cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, Lucio Fabio echó a correr enloquecido hacia las cuadras y se arrojó entre las llamas, que ya la habían envuelto por completo. Tan solo le dio tiempo a sacar arrastrando de aquel funesto lugar el cuerpo carbonizado de Adriana, un segundo antes de que todo se derrumbara sobre él dejando una enorme acumulación de cenizas por doquier.

El centurión no volvió a proferir palabra durante meses a causa del dolor y el recuerdo que lo atormentaban continuamente, día y noche. La desgracia lo invadió de una enorme sensación de impotencia, lo que empujó a un soldado tan audaz e indomable como él a la región más lejana y oscura del ánimo humano: la resignación.

Lucio Fabio Silano tomó consciencia de haber asistido como un espectador encadenado a la mayor desgracia que pueda sufrir un hombre, la pérdida de su mujer e hijos, y decidió poner fin a su vida.

Pero no, no podía ser de ese modo.

Él era ante todo un centurión del ejército romano, un ejemplo para los jóvenes militares de las legiones, y no estaba

dispuesto a que su imagen se asociara a la de un hombre débil que había buscado el camino más fácil para evitar llevar a sus espaldas el enorme peso de un sufrimiento y dolor inextinguibles.

Pensó que su condición de soldado tal vez pudiera darle la oportunidad de enmascarar aquel acto sumamente mezquino con un manto de respetabilidad y coraje.

Sí, eso era...

Buscaría la muerte en el campo de batalla, enrolándose de nuevo bajo el mando del divino César, y estaría dispuesto a participar en las empresas bélicas más arduas y difíciles, solo para poder librarse de una existencia que consideraba inútil.

Y eso hizo: dejó la explotación de la granja a uno de los pastores que lo habían ayudado hasta aquel momento en las labores del campo y volvió a ponerse su *lorica hamata*, tratando de encontrar a sus viejos amigos de la legión IX.